

su indole, y por las virtudes que descubria en su juventud, como por ser el mayor de los que tubo de su favorita Jocotzin. Pero las palabras del principe habian sido mas bien efecto de inconsideracion juvenil, que de perverso designio. Supolo el rei por una de sus concubinas, a quien se habian repetido aquellas espresiones. Preguntóle si habia ocurrido el lance en presencia de otras personas, y sabiendo que habia sido en presencia de los ayos del principe, se retiró a un aposento de palacio, destinado para las epocas de luto. Hizo comparecer alli a los ayos, para examinarlos. Ellos, temerosos de ser severamente castigados si ocultaban la verdad, la confesaron claramente: mas al mismo tiempo procuraron escusar al principe, diciendo que ni sabia con quien hablaba, ni las espresiones habian sido obscenas. Pero en despecho de sus representaciones, mandó inmediatamente que se prendiese al principe, y el mismo dia pronunció su sentencia de muerte. Consternose toda la corte al saber tan rigurosa disposicion; la nobleza intercedio con lagrimas, y ruegos, y la madre del principe, confiada en el gran amor que el rei le profesaba, se le presentó llorosa, y para moverlo mas a compasion, llevó consigo a sus otros hijos. Pero ni razones, ni plegarias, ni sollozos bastaron a disuadir al monarca. "Mi hijo, decia, ha violado la lei. Si lo perdono, se dira que las leyes no son para todos. Sepan mis subditos que a ninguno de ellos sera perdonada la transgresion, puesto que la castigo en el hijo que mas amo." La reina, traspasada de dolor, y perdida toda esperanza de ablandar al rei, "ya que por tau ligera causa, le dijo, arrojaís de vuestro corazon todos los sentimientos de padre, y de esposo, y quereis ser el verdugo de vuestro hijo, consumad la obra; dadme la muerte, y a estos principes que os he dado." El rei entonces con grave aspecto le mandó que se retirase, puesto que ya no habia remedio. Fuese la reina desconsolada a su aposento, y alli, en compañía de algunas señoras que fueron a visitarla, se abandonó a todo el exeso de su dolor. Entretanto los que estaban encargados del suplicio del principe, lo iban difriendo, para dar tiempo a que entibiado el celo por la justicia, diese lugar al amor paterno, y a la clemencia: pero penetrando su intencion el rei, mandó que se egecutase la sentencia sin perdida de tiempo, como se verificó con general descontento de los pueblos, y con gravísimo disgusto del rei Moteuczoma, no solo por su parentesco con el principe, si no tambien por el desprecio con que el rei habia mirado su interposicion. Muerto el principe, se encerró su padre por espacio de cuarenta dias en una sala, sin dejarse ver de nadie, para entregarse sin estorvo a su pesa-

dumbre, y mandó tapiar las puertas de la habitacion del principe, para apartar de sus ojos cuanto fuese parte a recordarle tamaña desventura.

Esta severidad en el castigo de los culpables, estaba contrapesada por la compasion que le inspiraban los males de sus subditos. Habia en su palacio una ventana que daba a la plaza del mercado, y estaba cubierta con una celosia, desde la cual miraba, sin que nadie lo observase, todo lo que alli ocurría: y cuando notaba alguna muger mal vestida, la mandaba llamar, se informaba de su vida, y de sus necesidades, y la proveia de todo lo necesario, para ella, y para sus hijos si los tenia. Daba todos los dias limosnas en su palacio, a los huérfanos, y a los enfermos. Habia en Tezcuco un hospital para todos los que se habian inutilizado en la guerra, y alli, a espensas del rei, se mantenian, segun la condicion de cada cual, y muchas veces él mismo los visitaba. De este modo gastaba gran parte de sus rentas.

Su ingenio ha sido mui celebrado por los historiadores de aquel pais. Propusose imitar, en sus estudios, y en su conducta, el ejemplo de su padre, y en efecto, le fue mui semejante. Con él se puede decir que acabó la gloria de los reyes Chichimecos: pues la discordia que estalló entre sus hijos, disminuyó el esplendor de la corte, debilitó las fuerzas del estado, y lo dispuso a su ultima ruina. No declaró Nezahualpilli quien debia suceder en la corona, como habian hecho sus antecesores. Ignoramos el motivo de este descuido, que fue tan pernicioso al reino de Acolhuacan.

Revoluciones del reino de Acolhuacan.

Quando el consejo supremo del rei estuvo seguro de su muerte, se creyó obligado a elegir un sucesor, a ejemplo de los Megicanos. Reunieronse pues sus miembros para deliberar sobre un asunto de tanta importancia, y empezando a discurrir el mas anciano y condecorado, representó los gravísimos perjuicios que podrian sobrevenir al estado, si se difería la eleccion; que su opinion era que la corona pertenecía al principe Cacamatzin, pues ademas de su prudencia, y valor, era el primogenito de la primera princesa Megicana con quien se habia casado el rei. Todos los otros consejeros se agregaron a aquel dictamen, que parecia tan justo, y provenia de persona tan respetable. Los principes, que aguardaban en una sala inmediata la resolucion del consejo, recibieron la invitacion de entrar para tener noticia de su resultado. Quando hubieron entrado, se dio el principal asiento a Cacamatzin, joven de veinte años, y a sus lados se

sentaron sus hermanos Coanacotzin, de veinte, y Ijtlijochitl, de diez y nueve. Levantose el anciano que habia tomado la palabra, y declaró la decision del consejo, a la cual se habia sometido de antemano toda la nacion. Ijtlijochitl, que era un joven ambicioso y emprendedor, se opuso diciendo que si el rei hubiera muerto en verdad, hubiera nombrado sucesor; que el no haberlo hecho, era señal segura de estar aun en vida, y estando vivo el soberano, era un atentado en los subditos, el nombrar quien le sucediese. Los consejeros, conociendo la idole de aquel principe, no osaron por entonces contradecirlo, si no que rogaron a Coanacotzin digese su parecer. Este alabó, y confirmó la determinacion del consejo, y manifestó los inconvenientes que se seguirian de diferir su egecucion. Ijtlijochitl se le opuso, tachandole de ligero, y de inconsiderado, puesto que abrazando aquel partido, favorecia los designios de Moteuczoma, que era mui amigo de Cacamatzin, y procuraba colocarlo en el trono, esperando tener en él un rei de cera, a quien podria amoldar a su arbitrio. "No es prudente, dijo Coanacotzin, hermano mio, oponerse a una resolucion tan sabia, y tan justa. ¿No echais de ver que aun cuando no fuese rei Cacamatzin, la corona me perteneceria a mi, y no a vos?" "Es cierto, respondió Ijtlijochitl, que si no se considera otro derecho que la edad, la corona se debe a Cacamatzin, y a vos por su falta: pero si se prefiere, como es justo, el valor, corresponde a mi solo." Los consejeros viendo que se iba encendiendo cada vez mas la colera de los principes, les impusieron silencio, y levantaron la sesion.

Los dos principes fueron entonces a su madre la reina Jocotzin para continuar en su presencia el debate, y Cacamatzin, acompañado de muchos nobles, pasó inmediatamente a Megico, y dio cuenta a Moteuczoma de todo lo que habia pasado. Moteuczoma, que ademas del amor que le tenia, conocia la legitimidad de sus derechos, sancionados ademas por el consentimiento de la nacion, le aconsejó antes de todo poner en salvo el real tesoro, y le prometio interponer su mediacion con el hermano, y emplear las armas Megicanas, en su favor, en caso de que nada se consiguiera con las negociaciones.

Ijtlijochitl cuando supo la salida de Cacamatzin, y previó las consecuencias de su visita a Moteuczoma, dejó la corte con todos sus partidarios, y se fue a los estados que sus ayos poseian en los montes de Meztitlan. Coanacotzin dio pronto aviso de esta novedad a Cacamatzin, a fin de que sin tardanza volviese a Tezcuco, y se aprovechase de tan oportuna ocasion para coronarse. Tomó Cacamatzin el saludable consejo de su hermano, y pasó a la capital, en

compañia de Cuitlahuazin, hermano de Moteuczoma, y de muchos nobles Megicanos. Cuitlahuazin, sin perder tiempo, convocó a la nobleza Tezcucana, en el Hueitecpan, o sea gran palacio de los reyes de Acolhuacan, y le presentó al principe electo, para que lo reconociese como a legitimo soberano. Aceptaronlo todos, y quedó señalado el dia para la solemnidad de la coronacion: mas fue preciso suspenderla, por la noticia que llegó a la corte, de que el principe Ijtlijochitl bajaba de las sierras de Meztitlan, a la cabeza de un egercito numeroso.

Este inquieto joven, al llegar a Meztitlan, convocó a todos los señores de los pueblos de aquellas grandes montañas, y les dio parte de su designio de oponerse a su hermano Cacamatzin, pretestando su celo por el honor, y por la libertad de las naciones Chichimeca, y Acolhua; que era cosa indigna, y peligrosa someterse a un rei tan flexible a la voluntad del de Megico; que los Megicanos, olvidados de cuanto debian a los Acolhuis, querian aumentar sus inicuas usurpaciones, con la del reino de Acolhuacan; que él por su parte estaba resuelto a emplear todo el valor que Dios le habia dado, en defender a su patria de la tirania de Moteuczoma. Con estas razones, sugeridas probablemente por sus ayos, enardecio en tal manera los animos de aquellos señores, que todos ellos se ofrecieron a ayudarlo con sus fuerzas, y en efecto, tantas tropas alzaron, que cuando el principe bajó de los montes, su egercito llegaba, segun dicen, a mas de cien mil hombres. En todos los sitios por donde pasaba era bien recibido, ya por miedo de su poder, ya por inclinacion a favorecer sus designios. Desde Tepepolco mandó una embajada a los Otompaneses, mandandoles que lo obedeciesen como a su propio rei: mas ellos respondieron, que por muerte de Nezahualpilli, no reconocian otro monarca que su hijo Cacamatzin, el cual habia sido aceptado pacificamente por la corte, y se hallaba en posesion del reino de Acolhuacan. Irritado el principe con esta respuesta, marchó contra aquella ciudad. Los Otompaneses le salieron al encuentro en orden de batalla, mas aunque hicieron alguna resistencia, fueron vencidos, y la ciudad cayó en manos del vencedor. Entre los muertos se hallaba el mismo señor de Otompan, y esta circunstancia facilitó al principe su triunfo.

Este suceso puso en gran inquietud a Cacamatzin, y a toda su corte. Fortificose en la capital, temiendo que el enemigo quisiese atacarla: mas el principe, viendose temido, y respetado, no se movio

por entonces de Otompan. Puso guardias en los caminos con orden de no molestar a ninguno, de no impedir el paso a los particulares que pasasen de la capital a cualquier otro punto, y aun de obsequiar a las personas de distincion que por alli transitasen. Cacamatzin, viendo las fuerzas, y la resolucion de su hermano, y conociendo que era menos malo sacrificar una parte, aunque grande del reino, que perderlo todo, envió una embajada a su enemigo, con el consentimiento de Coanacotzin, haciendole proposiciones de convenio. Mandó a decirle que conservase, si queria, todos los dominios de los montes, pues él se contentaba con la capital, y con los estados de la llanura; que tambien queria dividir con Coanacotzin las rentas de la corona; pero que le rogaba abandonase toda otra pretension, y no continuase turbando la tranquilidad del reino. Los embajadores fueron dos personajes de la sangre real de Acolhuacan, a quienes Ijtlijochitl miraba con gran respeto. Este respondió que sus hermanos podrian hacer cuanto les agradase; que él deseaba que Cacamatzin quedase en posesion de Acolhuacan; que nada maquinaba contra él, ni contra el estado; que si mantenía aquel egercito, era con el designio de oponerse a los planes ambiciosos de los Megicanos, los cuales habian acarreado muchos disgustos, e inspirado graves sospechas al rei su padre; que si entonces se dividia el reino, por el comun interes de la nacion, esperaba verlo reunido dentro de poco; y que sobre todo se guardasen de caer en los lazos que les habia armado el astuto Moteuczoma. No se engañaba Ijtlijochitl en esta desconfianza: pues en efecto, aquel rei fue quien puso al infeliz Cacamatzin en manos de los Españoles, a pesar del amor que le profesaba, como despues veremos.

Despues de un convenio entre ambos hermanos quedó Cacamatzin en pacifica posesion del reino de Acolhuacan; pero con gran disminucion en sus dominios, pues lo que habia cedido, era una parte muy considerable de sus posesiones. Ijtlijochitl mantuvo siempre sus huestes en movimiento, y muchas veces se dejó ver con ellas en las cercanias de Megico, desafiando a Moteuczoma a pelear cuerpo a cuerpo. Mas este monarca no se hallaba en estado de aceptar aquel desafio. El fuego de su primera juventud se habia apagado con los años, y los delicias domesticas habian debilitado notablemente sus brios: ni hubiera sido prudencia esponerse a aquel combate, con un joven tan resuelto, que con secretas negociaciones habia atraido a su faccion una gran parte de las provincias Megicanas. Sin embargo

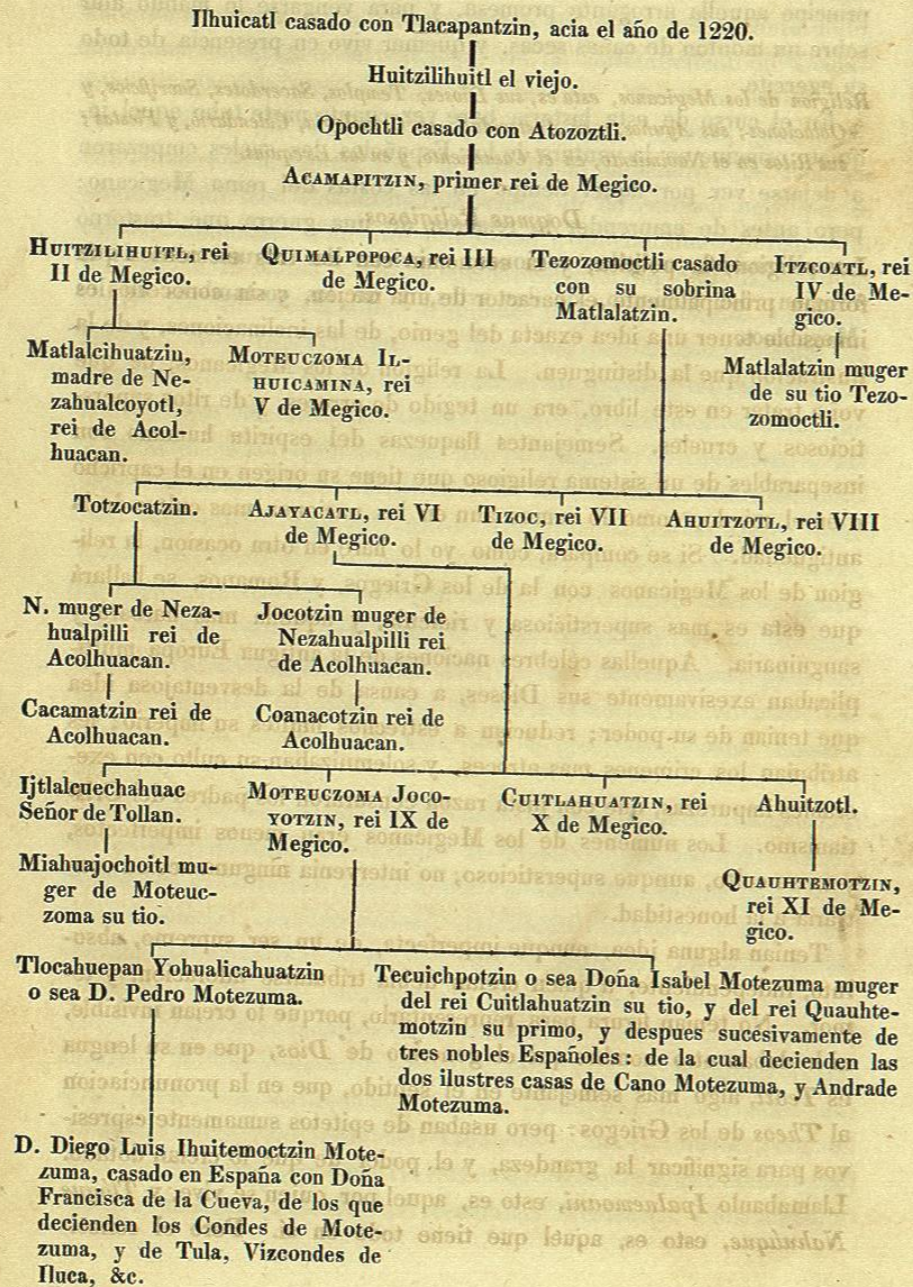
muchas veces midieron los Megicanos sus fuerzas con aquel egercito, quedando unas veces vencido, y otras vencedor. En una de estas acciones quedó prisionero un pariente del rei de Megico, que habia salido a campaña con la resolucion de coger a Ijtlijochitl, y conducirlo atado a Megico, y asi lo habia prometido a Moteuczoma. Supo el principe aquella arrogante promesa, y para vengarse lo mandó atar sobre un monton de cañas secas, y quemar vivo en presencia de todo su egercito.

En el curso de esta historia haré ver cuanta parte tubo aquel inquieto principe en la ventura de los Españoles, los cuales empezaron a dejarse ver por aquel tiempo en las costas del reino Megicano: pero antes de emprender la relacion de una guerra que trastornó completamente aquellas regiones, conviene dar alguna idea de la religion, del gobierno, de las artes, y de las costumbres de los Megicanos.

GENEALOGIA DE LOS REYES MEGICANOS

DESDE

EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIII.



LIBRO SESTO.

Religion de los Megicanos, esto es, sus Dioses, Templos, Sacerdotes, Sacrificios, y Oblaciones; sus Ayunos, y su Austeridad; su Cronologia, Calendario, y Fiestas; sus Ritos en el Nacimiento, en el Casamiento, y en las Exequias.

Dogmas Religiosos.

LA religion, la politica, y la economia son los tres elementos que forman principalmente el caracter de una nacion, y sin conocerlos es imposible tener una idea exacta del genio, de las inclinaciones, y de la ilustracion que la distinguen. La religion de los Megicanos, de que voi a tratar en este libro, era un tegido de errores, y de ritos supersticiosos y crueles. Semejantes flaquezas del espiritu humano son inseparables de un sistema religioso que tiene su origen en el capricho o en el miedo, como lo vemos aun en las naciones mas cultas de la antigüedad. Si se compara, como yo lo haré en otra ocasion, la religion de los Megicanos con la de los Griegos, y Romanos, se hallará que esta es mas supersticiosa y ridicula, y aquella mas barbara y sanguinaria. Aquellas célebres naciones de la antigua Europa multiplicaban exesivamente sus Dioses, a causa de la desventajosa idea que tenian de su poder; reducian a estrechos limites su imperio; les atribuian los crímenes mas atroces, y solemnizaban su culto con execrables impurezas, que con justa razon censuraron los padres del Cristianismo. Los numenes de los Megicanos eran menos imperfectos, y en su culto, aunque supersticioso, no intervenia ninguna accion contraria a la honestidad.

Tenian alguna idea, aunque imperfecta, de un ser supremo, absoluto, independiente, a quien creian debia tributarse adoracion, y temor. No tenian figura para representarlo, porque lo creian invisible, ni le daban otro nombre que el generico de *Dios*, que en su lengua es *Teotl*, algo mas semejante en el sentido, que en la pronunciacion al *Theos* de los Griegos: pero usaban de epitetos sumamente espresivos para significar la grandeza, y el poder de que lo creian dotado. Llamabanlo *Ipalnemoani*, esto es, aquel por quien se vive, y *Tloque Nahuáque*, esto es, aquel que tiene todo en sí. Pero el conoci-